

DAIMÓN

ABEL POSSE

PLAZA & JANES EDITORES, S. A.

Daimón, junto con *Los perros del paraíso* y *Los heraldos negros* (en preparación), componen tres momentos independientes de la «Trilogía del Descubrimiento».

Para Alicia Posse de Parentini

Lope de Aguirre (1513?-1561). Denominóse el Tirano, el Traidor, el Peregrino. Antiimperialista, declaró guerra desde la selva amazónica, rodeado de monos, a Felipe II, fundando de hecho «el primer territorio libre de América». Demonista. Erotómano tímido pero tenaz. Rebelde. Su crueldad es proverbial. Amoral como un tigre, como una paloma. Aparentemente sólo creyó en la voluntad de poder, en la fiesta de la guerra, en el fervor del delirio (despreciando letalmente a quienes no lo compartían o eran tibios).

Eliminó a sus jefes y a casi toda la gente de la Jornada, unos setenta en total, incluyendo mujeres y frailes. Mató de dos generosas puñaladas a su hija quinceañera para aliviarla de la vida (coincidía con su traicionado Felipe II en que esto es un valle de lágrimas).

Nada mediocre de proyectos a pesar de la pobre circunstancia: consolidar el Imperio Marañón, adueñarse del Perú reforzándose con un ejército de 1.000 negros, avasallar España y dominar el mundo.

Siguió viviendo en el Eterno Retorno de lo Mismo, que es una espiral espacio-temporal.

Primera parte

LA EPOPEYA DEL GUERRERO

Civilización:

« Cuando llegué aquí me enviaron dos muchachas muy ataviadas: la más vieja no sería de once años y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura que no la tendrían más unas putas. »

(Cristóbal Colón. Carta VII a los Reyes. Jamaica, 1503.)

Barbarie:

*« ¡Ojalá nunca muera! ¡Ojalá nunca yo perezca!
Allá donde no hay muerte, allá donde se triunfa
allá voy.
¡Ojalá nunca muera! ¡Ojalá nunca yo perezca!
Sólo venimos a dormir*

sólo venimos a soñar:

*No es verdad, no es verdad
que venimos a vivir en la Tierra.
En yerba de primavera*

venimos a convertirnos.

*¡Ojalá mi canto despierte
las almas de mis compañeros muertos! »*

(Del Poeta-Rey Nezahualcoyotl. I Conejo
1402-6 Pedernal 1492.)

UN ARCANO MAYOR:
LE JUGEMENT DES MORTS,
EL JUICIO DE LOS MUERTOS

Los regresados rodean a Lope de Aguirre. Organización de la Jornada. «De la substancia a la forma.» Versiones sobre una no muerte. La atroz guerra de los muertos. Los animales y hombres locales descubren Europa (12 de octubre de 1492). Aguirre y el Maligno. El Sermón de los Abismos. Nostalgia por amores incumplidos.

América. Todo es ansia, jugo, sangre, savia, jadeo, sístole y diástole, alimento y estiércol, en el implacable ciclo de leyes cósmicas que parecen recién establecidas.

A los sacrificios y carnicerías sigue el jadeo rítmico de los acoplamientos. Partos, asesinatos, extinciones, cata-

clismos. Las quietas flores humedecidas de rocío se entreabren durante la noche para parir la semilla de la araucaria gigantesca. Las tigras corren al alba hacia sus crías llevando el venado exánime, chorreando sangre caliente. Los jacarandáes se incitan con el rozamiento de las ramas más altas movidas por la brisa y estallan en nubes de polvo amarillo, fecundador (los heliotropos, denodados mensajeros del amor, se encargarán de llevar ese polen ardiente hasta los cálices de las ansiosas hembras).

Las monedas caídas, si no son de oro o plata, se disuelven en tres días como los terrones de ese azúcar de segunda que los holandeses fabrican con remolacha en tiempos de guerra. (Lo sabían por experiencia: en un pétalo de un jazmín salvaje había aparecido el perfil de Carlos V. Justo donde Anémona Salduendo había enterrado sus ahorros protegiéndolos del cocinero rufián y pederasta Gianni Delano.) Una espada que Antón Llamoso dejó clavada para indicar un puesto reparado de la lluvia, amaneció puñal: los jugos de esa tierra fuerte la habían decapitado. Era seguro que las balas perdidas terminaban en flor en la primavera siguiente (flores fácilmente reconocibles porque en ellas no se demoraban los colibríes). Las primaveras aparecían de repente en medio de los inviernos más lluviosos. En ese mundo todavía no se había asentado un definitivo orden de las estaciones. Los volcanes humeantes parecían recién disparados.

El viejo Lope de Aguirre que regresa al campamento de su combate nocturnal contra los muertos encuentra en la primera claridad los bultos de su tropa dormida en ese aire espeso y empapado de la selva por donde caminan las alimañas. Sudan envueltos en mantas y cueros

para evitar mosquitos de insaciable tubería y sobre todo los sedosos vampiros (tamaño perdiz) que tienen el arte de succionar a través de delicadas heridas que entre sueños amenazados se aceptan como caricias maternas. Otros se habían decidido por ilusorias brisas y dormitaban en las ramas altas de las que a veces caían sobre el lecho de fango como descomunales chirimoyas maduras. Cuando se definió la luz se sentó en el claro y los vio presentarse uno tras otro. Diego Tirado, Roberto, de Coca, el alférez Nuflo Hernández, López de Ayala, Blas Gutiérrez el Cronista, el Escribano, el cura Alonso de Henao, Gerónimo de Spínola el genovés astuto, Rodríguez Viso, Sánchez Bilbao, Diego de Torres el alconero con aspiraciones de santo. Seriotos, pasan y se sientan en las piedras de la orilla del río. El negro con vocación de mulato—Nicéforo Méndez, el sirviente encargado de su escudilla y de sus furias— es el único que intenta una sonrisa zalamera (había muerto en Cumaná, como peluquero, contándoles a sus ociosos clientes historias de la jornada de Omagua y de El Dorado y esperando un imposible nombramiento de gendarme municipal).

Timidones, todavía con pesadez de lápida. Como paridos de vuelta y con igual asombro. Escuchaban la voz de Aguirre en su monólogo. «¡Marañones, marañones! Parece que nadie se fue muy lejos de la carroña de mi muerte. ¡Mira tú! ¡Custodio Hernández, que estoy viéndote venir! ¡Mira mi mano! ¡Mírala aquí en el aire! ¡A ti, que te mandaron con mi mano derecha hasta Mérida, para dar ejemplo! ¡Y tú, mulato, que construiste una jaula para llevar mi cabeza como si tuviese pies o alas! ¡Mírame bien! ¿Dónde están aquellos párpados pegados con sangre seca y los ojos reventados?»

Había un gran silencio. El Viejo miró en torno con un

algo de majestad de vengador desganado pero secretamente halagado por la inconfesada lealtad de su gente. Discretamente, lejos de la oficialidad apareció su hija quinceañera, Doña Elvira, que llegaba con una especie de camisola transparente, como si viniese de dormir. Provocativa y tontona, como otrora. Aguirre corroboró lo que siempre había pensado y sentido: sus pechos no son pichones, son dos naranjitas sevillanas; sus muslos dos dorados grandes a punto de enroscarse en guerra. Detrás de ella Doña Inés de Atienza, estupenda (no había perdido su alcurnia en la fría horizontalidad). Como callado reproche dejaba sangrar sus heridas que brillaban bajo la luna. Él las causó pero por amor.

Apenas se veían. Estaban entrando desde la sustancia a la forma, como explicó susurrando el Cura, que no había depuesto su primario tomismo. Aunque no eran necesarias las palabras Aguirre teorizó (sin mucha energía porque los sentía convencidos). «¿Qué era la tumba?: ocio con frescura. Al principio la alegría de morir, el placer de librarse del cuerpo como una bolsa de papas que se arrastró desde Oñate hasta Vitoria. La alegría de saltar libres y subirse a la copa de los árboles y sonambular por los tejados... ¿pero eso cuánto dura?: nada, tal vez sólo dos intensos segundos, largos como el tiempo del sueño y después ¿qué?: nada, la nada...» Ahora parecía recordar: «¡Y la rabia por lo que no se tuvo, por lo que no se hizo, por los amores, por las venganzas, por todo lo que hubo bueno o malo! ¡El oro, las mujeres, E. Dorado! ¡Yo digo que nada está descubierto! ¡Que nada está concluido!»

Hizo un gesto casi de desplante torero y sacó la espada con más herrumbre que filo y marcó, como Pizarro, una raya en la arena. «¡Los que se pongan de este lado

partirán! ¡El resto a las tumbas!» Pero era grande el hambre de vida de esos hombres que habían vivido y habían muerto con miedo a la muerte, arruinándose los mejores días en el temor y el temblor. Todos se fueron apretujando en el espacio que el Viejo había mal calculado, entre la raya y el río. Fue un exitazo. Se veía que a pesar de todo, sea como verdugos o como víctimas, habían gozado. Preferían el riesgo de la aventura al limbo. Era claro.

«¡Tú Diego Tirado, con tu barba mugrienta, serás Capitán de caballería! ¡Tú, asesino! Diego de Coca: serás Capitán de la guardia.» Insultos, cariñosos reconocimientos castrenses que no ocultaban la alegría de Lope.

Después del necesario patetismo del caso, un rumor de alegría general llegaba de los segundones que habían quedado humildemente entre los árboles mirando las teatralerías de los principales. Pueblo de conquista: infantes, arcabuceros, putas de regimiento, el judío Lipzia, cocineros, los dos leprosos, obreros, mulatos cargadores, zambos alcahuetes y la indiada, ofendida pero también contagiada de resurrección. (Sin olvidarse Carrión, el verdugo, cuya comida se preparaba en olla separada, como la de los leprosos.)

«¡Tú, Serrano de Cáceres! ¡Que se organice la gente! ¡Que es Jornada! ¡Jornada grande! ¡Vamos! ¡Que se vayan acomodando los palanquines para Doña Inés y para la Niña Elvira! ¡Y tú, Cura, deja esa cara indecisa! ¡Que haya misa!»

Las mujeres empezaron a lavar la ropa y se oyó su canto aldeano en el remanso del río. Los cocineros fregaban sus marmitones con arena húmeda. Cuando el Viejo se echó bajo el tinglado de palma cerró los ojos escuchando el rumor alegre del regimiento en marcha.